

Capítulo XXI.

Un camino difícil.

Era domingo.

Siguiendo su costumbre, dispuso Colon que el adelantado, con los capitanes y la mayor parte de los tripulantes, desembarcasen en tierra y oyesen misa bajo los seculares árboles de la costa.

Colon no pudo acompañarlos, porque apenas podía moverse.

La gota le molestaba de continuo, y se habia visto obligado á mandar construir un camarote en la popa para poder vigilar la navegacion y dar sus órdenes sin necesidad de violentarse.

Aquel ejercicio piadoso animó algo á los viajeros, que iban ya fatigados y ansiosos de dejar aquel rumbo Norte y azaroso.

Durante todo el dia se permitió á los marineros

entregarse al descanso, mientras Bartolomé, Fernando y Diego Mendez, uno de los capitanes que profesaban á Colon más afecto, rodeaban el lecho del almirante y conversaban con él acerca de sus proyectos y de sus esperanzas.

Al dia siguiente continuaron su marcha las carabelas, y despues de haber andado unas quince millas, descubrió el adelantado un nuevo rio, del que tomó posesion en nombre de los reyes, dándole el título de rio de la Posesion.

Desembarcando en la orilla, halló una porcion de indios, que sin pronunciar una sola palabra, ni articular una modulacion, ofrecieron á los españoles pan de maiz, aves, pescados, algunas frutas, y se alejaron.

Bartolomé dispuso que les dieran abalorio y cascabeles, dádiva que les agradó en extremo, y al dia siguiente volvieron á buscar á los españoles con abundantes víveres y las mayores muestras de consideracion y respeto.

El padre Las Casas describe á los naturales de aquel país, y dice de ellos que tenian la frente más espaciosa que los habitantes de las demás islas, signo de superior inteligencia.

Hablaban un idioma distinto del que hasta entonces habian oido los españoles á los indios.

Muchos de ellos tenian por todo adorno sobre la piel figuras de animales hechas á fuego.

Otros cubrian la parte superior de su cuerpo con unas camisetas de algodón sin mangas, y llevaban

trenzas de pelo, que por detrás de las orejas descendían sobre su pecho.

Los jefes ó caciques usaban gorros de algodón blanco ó de colores.

Para asistir á las grandes solemnidades se pintaban de negro la cara ó la adornaban con listas de varios colores, trazándose círculos en torno de los ojos.

El guia que acompañaba á Colon, el mismo de quien se ha hablado antes, aseguró al almirante que los indios eran caníbales.

—Y sin embargo,—dijo Colon,—á juzgar por su aspecto no lo parecen.

—Es que se ha efectuado en ellos un gran cambio. En una de las expediciones que hizo su gran cacique á Paria, se prendó de una india, hija de uno de los caciques de aquel país, la tomó por esposa y la trajo á esta isla. Desde entonces fué objeto de veneracion para todos, y cuando poco despues murió su esposo, ella fué aclamada como soberana.

Exigió juramento á sus vasallos de que no abandonarían la isla, de que renunciarían á sus correrías y á sus crímenes, dedicándose á cultivar la tierra, y todos obedecieron. Hoy son hospitalarios, bondadosos, y viven en la paz y en la prosperidad.

Colon mandó al adelantado que explorase aquel país, y en una parte de la costa encontró á muchos indios con las orejas horadadas y de grandes proporciones.

Los españoles dieron á aquella region el nombre de Costa de la Oreja.

No habia señales de oro ni preciosidades de ningún género en aquella isla, y Colon, de acuerdo con sus hermanos, resolvió continuar el viaje.

Les aguardaba una época de prueba.

Desde el rio de la Posesion se dirigió á la costa de Honduras, teniendo que luchar con las corrientes y con los vientos, que no le favorecian, viéndose condenado á no andar cada dia más que dos ó tres leguas.

Más de dos meses habian trascurrido sin que cesaran de impedir sus propósitos las tempestades, los fuertes aguaceros que le sorprendían incesantemente, con cuyo motivo sus embarcaciones estaban deterioradas por completo.

Los continuos peligros á que se veían expuestos los tripulantes, les tenían sumidos en la desesperacion.

Renegaban de su suerte unas veces, otras se encomendaban á Dios, porque creían próxima su muerte, y en más de una ocasion vieron que eran inútiles sus esfuerzos para arrojar de los buques el agua que entraba por las aberturas, y que las olas les amenazaban. No bastando los misioneros que habia á bordo para prepararlos á bien morir, se confesaban unos á otros, viendo acercarse el fin de su vida, sin otra esperanza que la de hallar por tumba el abismo del mar.

Mientras tanto, Colon, tendido sobre el lecho, sin poder moverse, sufría por él y por los que le rodeaban.

En aquellas largas horas de zozobra, olvidándose del peligro que le amenazaba, recordaba todos los epi-

sodios de su trabajada vida, y una profunda pena llenaba su corazón: la de morir sin haber recibido ostensible reparación de los agravios que le habían hecho, sin asegurar su gloria y su fortuna para legarla á sus hijos.

También sentía en extremo llevar en su compañía á Fernando.

La idea de que podría perecer le anonadaba.

En medio de esta terrible ansiedad trascurrieron cuarenta días, y el 14 de Setiembre del mismo año de 1502 llegaron los buques á un cabo, en el que la costa torcia hácia el Sur.

Favorecidos por el viento, doblaron el cabo, y la esperanza tornó á los corazones.

En memoria de aquella inesperada felicidad, dió el almirante á aquel cabo el nombre de Cabo de Gracias á Dios, y las embarcaciones continuaron por la costa que en la actualidad se llama de los Mosquitos.

Siguiendo aquel rumbo, encontraron un grupo de doce islas, en las que había multitud de árboles con frutos semejantes al limón, por lo cual les dió Colon el nombre de Limonales.

Dos días después ancló la escuadra en la embocadura de un espacioso río, por el que entraron los botes á proveerse de agua y leña.

Pero cuando volvía cargada se alborotó el mar, y una de las lanchas se surmegió con los hombres que llevaba á bordo.

Por esta circunstancia fué bautizado el río con el nombre de Río del Desastre.

Prosiguió la escuadra su rumbo, y después de sufrir nuevas tempestades, el 25 de Setiembre se detuvo en una especie de bahía muy cómoda, formada entre una isla y el continente.

Las hermosas palmeras que adornaban la isla, los cocos, las ananas y los mirabolanes, al mismo tiempo que las frutas y flores que se veían en aquella tierra, encantaron á los tripulantes y dieron á la isla el nombre de La Huerta.

Su verdadero nombre era Quiribiri.

A muy corta distancia había una población que se llamaba Cariari.

Lo que ocurrió á los viajeros con los habitantes de aquella población, merece ser referido en capítulo aparte.